

Arte que rema en el viento

Joaquín Araújo



Remedios Varo *La creación de los pájaros* 1957



Si aceptamos —como acepta Jorge Guillén— que «todo en el aire es pájaro» y si «nada hay en él», en ese aliento de todos los hálitos, «que no sea yo». Si además nos acarician con sus aleteos y trinos... entonces cabe volar con lo que vuela. Podemos liberarnos a bordo de su libertad. Es el privilegio que os aguarda con sólo seguir cualquier trayectoria de un ave. Placer, por tanto, no sólo de los que sabemos escuchar los colores que chisporrotean en las plumas. Todos podemos recibir ese regalo, que aves, los horizontes más altos, nos hacen: el de elevar la mirada. Incluso bueno sería, al menos en parte, reverenciarlas pues, como nada vivo llegó tan alto, su contemplación nos contagia.

Es más, al transitar la inmensidad, como *nómadas del viento*¹, suman a sus muchas dádivas la admiración. De hecho considero que las migraciones de las aves, esos formidables viajes tras las primaveras, son la destreza más proeza de la Historia de la Vida. A la par que ofrecen uno de los más bellos espectáculos naturales que quepa contemplar.

Si, además, los lejanos y altos pájaros acaban haciéndose un hueco en nuestra sensibilidad todo tendrá más sentido. Entre otros muchos motivos porque la observación, siempre fascinada de las aves y enseguida la decisión de cuidarlas fue el primer sorbo, histórico, de todo lo que hoy conocemos como la ufana fuente que ha empezado a ser fraternidad con el resto de lo viviente. O, si lo prefieren, aquello tan olvidado que don Miguel de Unamuno: «El sentimiento por la naturaleza es la más refinada expresión de la Civilización, escribiría Unamuno».

Sentir el derredor casi siempre comienza con su porción más conspicua. Entendámoslo mejor con la ayuda de Emily Dickinson: «Si pudiera... / ayudar a algún desvalido petirrojo / a regresar de nuevo a su nido, / no habré vivido en vano».

Raquel Carson se percató de que las primaveras habían empezado a callarse. Cuando os insecticidas provocaron —y ahí siguen— la mortandad masiva de los cantores por excelencia, los pájaros, se abrió de par en par el movimiento

¹ Repito el conocido título de una de las mejores películas de Naturaleza que se han hecho, porque así tuve el honor de bautizar, para los países de habla española, el excelente trabajo de Jacques Perrin, recientemente desaparecido, que él llamó «el pueblo migrador».

de conservación de la Natura que cada día nos resulta más necesario. Lo evidencian la sexta gran extinción o la catástrofe climática que ya achicharra demasiados paisajes y no pocas mentes.

Las aves resultaron y resultan también decisivas para el avance de ciencias tan fascinantes como la etología, es decir el comportamiento animal, o la fenología, es decir el acontecer de los sucesos naturales en el calendario de la Natura: «A la frente del / cielo se le llenó el / otoño de aves». Sin olvidar que la ornitología es la disciplina-afición que más y mejor ha permitido avanzar a la zoología. No deja de sorprender que, según las mejores estimaciones, haya unos 50 millones de pajareros o avestadores (*sic*), es decir, ornitólogos no profesionales en el planeta.

Con todo, algunos, aunque formamos parte de ese colectivo, preferimos relaciones más directas y hasta por completo subjetivas y, por tanto, emocionales. Las aves desatan la imaginación creadora. La alianza entre aves y poesía incrementa la belleza del mundo. Ellas vuelan por los que no volamos. Además, cantan y danzan avergonzando a cualquier terrestre. En señal de gratitud sentimos, pensamos y escribimos por ellas.

Bueno será, por otro lado, reconocer que las aves también nos provocan envidia, esa que, aunque jamás es sana, puede ser adiestrada para olvidar las comparaciones. Mejor que sean esas otras alas, las palabras, las que se encarguen del debido elogio a las «inventoras azules de la música» (Pablo Neruda) y de la poesía. Esto último si compartimos con René Char que la función de la misma es un llamamiento a convivir con los infinitos rostros de lo viviente. Al respecto no cabe la menor duda. De las múltiples clases zoológicas de los cinco reinos de la vida nadie da más la cara que los pájaros. Recordemos que la Natura se defiende, en parte, por fortuna sólo en parte, desapareciendo. Casi todos los animales se ocultan o procuran pasar inadvertidos. Por eso es fácil la gratitud hacia las aves por ser lo que emerge con espectacular notoriedad casi por todas partes. Los pájaros son emisarios de la Natura entera. Parecen sugerirnos que recordemos quien inventó la Belleza anterior a nuestras bellezas. No hay, en efecto, alados que resulten ajenos a la levedad, la nostalgia, la armonía o el amor, en suma resultan invariablemente estéticas. Evadir la gravedad con la mejor elegancia, desatarse de las mezquindades de lo que se arrastra, atrapar las fantasías del color y sonar a sonatas no podía por menos que convertirse en primera materia



Jacques Villon *Pájaros volando* 1958

prima de partes esenciales de la creatividad humana, o, si lo prefieren del arte, especialmente este al que llamamos poesía.

Con este poema, «Trabajo de águila», intenté acercarme a la insoslayable *laudatio* de los que vuelan:

Todas las miradas vuelan
 ¡Venero el aire para la sed de
 movimiento
 desde la primera imaginación de
 estos pesados cuerpos que se arrastran!
 Flota, aquí arriba, también la luz
 que crece y piensa bajo su manto.
 Todo está lejos salvo si eres viento.
 Salvo si eres el ave felina que devora
 horizontes
 y avizora con su ojo multiplicado
 la huida salvadora del gazapo.
 Frente a nosotros, los abajo atados,

que nunca labraremos, como aquellas
 alas,
 el leve soplo de la transparencia.

O, acaso, acerté algo más con el siguiente haiku: «Si vuelan altas / horizonte seremos: / arte del aire».

Sí, rotundamente arte

Entre otros muchos motivos porque a unos pocos nada nos cuesta mantener, desde hace mucho tiempo, que los artistas intentamos la belleza que la Natura ya ha conseguido. No sólo como base de una incesante alfaguara para la inspiración sino también porque allí, en «lo todavía no destruido» (John Berger) están todos los colores, todas las formas, todas las confluencias, todos los sonidos y hasta todos



Marc Chagall *El pájaro azul* 1952



Joan Miró *Pájaros e insectos* 1938

los movimientos. Hemos asistido mil veces a la insistencia con que la luz usa las plumas de las aves para desnudar todos los colores que se esconden en su transparencia. Si vuela el abejaruco comprendemos por qué Elias Canetti escribió: «Sólo por los colores merecería la pena vivir eternamente». ¿Son, acaso, las aves ese «donde es la naturaleza florido azote del aire» de Gabriel de Bocángel?

Esculpidas por todos los vientos y por todos los nichos ecológicos en las diez mil especies de aves que siguen existiendo se afianza el más vasto repertorio de formas y movimientos. Veneramos, de hecho, ese pacto de leveidades en que consiste volar, ese envolverse en lo casi sin peso para no pesar casi. Por eso flotan, reman, abanicán, suben y bajan por las bóvedas del planeta. No parece real que el colibrí bata las alas más de cien veces por segundo. Tampoco que el albatros haga miles de kilómetros sin un solo batir de alas. ¡Cómo levitan las alas de las rapaces a aire caliente para planear sin el más mínimo esfuerzo! Hasta las que no vuelan, como las maratonianas avestruces, parecen huir con acierto de la piel del mundo: «Fascinados por / ser las tan dueñas de lo / inalcanzable».

Pero hay mucho más. Hay confluencias, sintonías, armonías esenciales. Entre otros muchos motivos porque la inteligencia creadora también vuela alto. El arte es pájaro porque despegas y se aleja de la grave gravedad, de la perversa pesadez de lo cercano, real, cómodo y rápido. Por tanto sucio. Nada más limpio que ese remar en la transparencia. Casi místico. Ya sólo por eso volar es poético y la poesía, insisto, tiene mucho de pájaro: «Del aire cascadas: / aves, luces, poema: alta / voz encendida».

O, como mínimo, se trata de dejar que la Natura fertilice nuestro querer ser poetas. Aunque demasiado inadvertido por la crítica literaria este pasaje del *Quijote* alcanza altas dosis de lucidez y, claro, acierto: «mezcladas

la naturaleza, y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta». Ciertamente es que Cervantes mantiene que el arte perfecciona a la Natura con lo que se suma a los que olvidaron y olvidan que sin Natura no hay cultura pero que sí puede, pudo y podrá haber mucha vivacidad, lástima, sin palabras que la describan. Poema es ala que busca, suspirando, tu emoción. Muchas bandadas escriben alfabetos evanescentes en los aires más altos. Por los más bajos viajan nuestras palabras. Recitar tiene mucho de alado surco que anhela una cosecha complicidad sentimental: «Materia leve / sólo para tus ojos: / tu alma plebeja».

De los trinos, cuando anidan en nuestros tímpanos

Se ha usado tantas veces la palabra canto para nombrar a la poesía que basta recordarlo para que el vínculo entre esta y las aves quede todavía más estrechamente confirmado.

Comparto con los budistas la seguridad de que contemplar es sobre todo escuchar. De ahí el acierto de Octavio Paz cuando así nos adelanta el placer ornitológico por excelencia: «La hora es transparente. / Vemos, si es invisible el pájaro, / el color de su canto». Es decir que podemos ver la forma, el color y hasta la conducta de la ave con sólo reconocer sus despliegues sonoros. Por eso escribí hace ya mucho tiempo este aforismo: «Las aves nos ciegan con su canto y nos dejan sordos con el color de su vuelo». Si cantan, reitero,

no necesitamos que se impriman en nuestras retinas y si vuelan, aunque entonces podamos prescindir de los tímpanos, conviene seguir escuchando por si nos escancian algunas delicias más. De hecho el que los trinos acaben anidando en nuestros oídos es mucho más que un regalo. Las siringes de las aves ponen a volar músicas y consiguen que esas canciones, con las que los pájaros enamoran, sean más aladas que las alas: «Danzan, dentro de / su música, caricias / de fina lluvia». Es la más completa de las manifestaciones de esa creatividad muy anterior a la nuestra y de la que brotan las delicias, para los sentidos de los naturalistas y de los poetas, a la par que no pocas formas de comprensión. Porque todo es lenguaje si se quiere prestar la suficiente atención.

Hoy, cuando la ciencia desvela que en el canto del ruiseñor hay nada menos que 1.160 sílabas con las que puede componer 200 frases diferentes, es decir variaciones con significado, nada nos extraña que Messiaen y decenas de compositores hayan tomado prestadas las destrezas de las aves. Incluso plagiado el canto hasta convertirlo en tramos cruciales de sus sinfonías y sonatas. Por lo mismo la poesía ha dedicado miles de composiciones en muchas lenguas a los conciertos sin sala de las aves. Lo expresa Borges así: «Lejos un trino. / El ruiseñor no sabe / que te consuela».

Parentescos etéreos

¿Cómo no acordarnos, finalmente, de la formidable confluencia entre aves



Sidney Nolan *El curioso* 1978-1979

y poesía como sucede en la mejor estrofa jamás escrita? Sostienen muchos críticos literarios que resulta difícil superar las composiciones de Juan de la Cruz. Todavía más contundente, por concreto, es afirmar que la mejor estrofa de esa cima literaria que supone el *Cántico espiritual* es:

la noche sosegada,
 en par de los levantes de la aurora,
 la música callada
 la soledad sonora,
 la cena que recrea y enamora.

Pues bien esa «soledad sonora», tantas veces citada por casi incontables otros poetas, es una alusión directa al roquero solitario, ave fascinante de nuestros canchales y cantiles. Este pájaro, muy similar en tamaño al mirlo común, recibió el nombre de pájaro solitario porque, dado que resulta muy difícil observar a las hembras de la especie —de plumaje críptico, conducta recatada y poco cantarina— se consideró que era una especie con sólo género masculino. Con la invisibilidad

de las hembras contrastan los espléndidos machos de plumaje azul cobalto. En primavera se encaraman a toda suerte de atalayas para cantar con entusiasmo la más bellas estrofas musicales de las aves mediterráneas. Del que así canta se acordó Juan de la Cruz en sus prisiones, acaso porque él mismo se sentía pájaro solitario. Ave que podría ser calificada como la más poética si a los versos citados añadimos la primera estrofa de «Amante que hace lección para aprender a amar de maestros irracionales», de Quevedo, que denota asimismo un conocimiento preciso del roquero, ave que consigue que canten las piedras:

Músico llanto en lágrimas sonoras
llora monte doblado en cueva fría,
y destilando líquida armonía
hace las peñas cítaras canoras.

Cuando tantos extraviados en la ignorancia obvian los vínculos entre arte y Natura es necesario recordarles que la poesía ha bebido incesantemente de los paisajes, de los otros seres vivos, de los elementos y procesos esenciales... El poema siempre reconoce el íntimo e imprescindible parentesco entre todo lo que en este mundo vuela: el tiempo, los deseos, la imaginación, las miradas cuando admiran, la belleza, el silencio, los recuerdos, las emociones, las palabras y las alas, esas que reman en el viento. Porque los pájaros nos ofrecen su: «Sin peso, sin el / ácido envidiar de los / ángeles caídos». Y, sobre todo, porque consuelan todas las mezquindades y las soledades como adensó Borges en el haiku citado. A lo que me sumo con estos versos de «Consuelo»:

Sin pararse se posan:
sobre la lluvia fina,
sobre la luz curva,
sobre el gas alimenticio,
sobre la mirada consolada,
al fin, por ver lo inmenso
todavía acompañado.



Joaquín Araújo, naturalista, escritor, editor y periodista.